INSTITUTO HISTÓRICO Y GEOGRÁFICO

JUAN CARLOS GÓMEZ
SENTIMENTAL

CONFERENCIA LEÍDA EL DÍA 17 DE JULIO DE 1917

POR EL

DR. J. M. FERNÁNDEZ SALDAÑA

CON UN DISCURSO PRELIMINAR DEL CORONEL INGENIERO

D. SILVESTRE MATO



MONTEVIDEO
PEÑA HNOS. — Imp.
1918

Discurso del Señor Coronel Ingeniero Don SILVESTRE MATO

SEÑORAS Y SEÑORES:

El Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay consecuente con su plan de no omitir esfuerzos para estimular, en el elemento estudioso, la utilísima y benéfica cooperación que está llamado a prestar en el desarrollo del interesante y vasto programa de la Institución, os ha invitado para oir la conferencia que dará el Doctor José María Fernández Saldaña, sobre una de nuestras glorias nacionales, el Doctor Don JUAN CARLOS GÓMEZ, prohombre, que con su vigoroso talento, con sus virtudes inmarcesibles, sus ideales de libertad y justicia, traspasó las fronteras de la Patria, para convertirse en personalidad Sud Americana.

La Comisión Directiva, de la cual tengo el honor de formar parte, ha resuelto dar preferente atención a estos torneos de la inteligencia, convencida de que ellos contribuyen eficientemente al intercambio de

ideas y aproximan a los hombres que dedican sus energías a cultivar las ciencias, artes, industrias o cualquier manifestación del engrandecimiento nacional.

La expresada Comisión, me ha impuesto el honroso cometido de presentaros al aventajado conferencista, tarea fácil de cumplir, desde que nuestro medio intelectual, tiene impresión exacta de los rasgos que lo destacan como hombre de preparación, labor fecunda y ponderada.

Estoy cierto que ha bastado pronunciar su nombre, para que a la memoria de todos nosotros, surja expontáneamente el recuerdo de alguna de las actividades en que ya, este jóven abogado, ha tenido oportunidad de dejar impreso un sello propio.

Siendo esto exacto, mi comisión se simplifica extraordinariamente; pues se reduce a reproduciros, con la sencillez que caracteriza a la verdad, una vida conocida.

El Doctor J. M. Fernández Saldaña, hizo el bachillerato en el Instituto Politécnico del Salto—ciudad donde nació—para matricularse después en la Facultad de Derecho. En su ciudad natal destacó aficiones artísticas, que luego cultivaría en Montevideo, mientras seguía estudios superiores: dibujó, pintó, ilustró revistas, hizo affiches y crítica de arte. Graduado en derecho fué designado para un puesto en la Magistratura, pasando a desempeñar el Juzgado de Paz de la ciudad de Minas. Allá las nutridas y copiosas lecturas impuestas por el alejamiento de los centros intelectuales de la capital, parece que orientaron su vocación hacia e tudios de Historia Nacional. Cuando regresó a Montevideo — a los

dos años—electo diputado, pudo dar desarrollo a sus planes de investigación y de estudio, consagrándose con entusiasmo a ellos.

La Historia Nacional le debe hasta ahora dos obras: «Pintores y Escultores Uruguayos»—Historia y crítica de Arte. «Historia General de la Ciudad y el Departamento del Salto» (en colaboración con el Dr. César Miranda) premiada por el Ateneo Salteño, que se publicará en breve.

Pero donde el Dr. Fernández Saldaña, netamente luce sus particulares condiciones de investigador conciente y metódico es en iconografía.

No parecerá extraña seguramente esta especialización en quien continúa siendo, de cuando en cuando, al margen de sus actividades diarias—dibujante y pintor.

Ha reunido una colección de retratos y estampas nacionales, la mas rica y prolijamente seleccionada que yo conozca y la cual se traducirá en una obra de mucho aliento, la historia del país por el grabado, segun la moderna manera de enseñar tan importante materia.

Nuestro conferenciante desempeña actualmente la Sub-Dirección del Archivo y Museo Histórico Nacional, siendo jefe de la Sección Museo, para la que ha hecho, inestimables adquisiciones, dedicándole una actividad diaria e infatigable.

Tiene la palabra el Dr. Fernández Saldaña.

SEÑORAS:

SEÑORES:

Yo no voy a hacer la biografía de Juan Carlos Gómez, y esta salvedad, por lo demas, se consigna en las invitaciones circuladas por el Instituto.

Talvez defraude así alguna esperanza, y alguna torpe esperanza, todavía. La torpe esperanza de los que esperasen que a este hombre, tan lapidado otrora, yo también iba a tirarle una piedra...

La vida política del ilustre compatriota a que aludo está escrita ya en ese libro fundamental que es la semblanza trazada por el Doctor Luís Melián Lafinur, pero cabe, sin embargo al margen de este libro, la glosa de parte tal o cual, de aquella personalidad máscula y compleja.

Cabe el comentario y la nota que la índole misma del trabajo del doctor Melián excluyó naturalmente.

Ese libro, severo y primordial, en efecto, tiene el sello especial de su factura; el sello que debió señalar a una obra pensada y redactada en momentos en que el historiador—enfermo de la vista—había menester, para la versión material de su trabajo, de la colaboración de las dos abnegadas e inteligentes hermanas que son sus secretarias.

Ha servido para mi trabajo el libro del doctor Melián Lafinur y justo es que rinda justicia a la ejemplarizante labor de este hombre de letras, que, cualesquiera sean sus errores históricos—que en mi sentir existen y que rechazo—tiene una ruda y, para él, desventajosa valentía de convicciones.

Quiero también que conste mi cumplido al Dr. Daniel García Acevedo, estudioso amigo, a cuya amable gestión ante la distinguida señorita Josefina Acevedo, debo una interesante carta inédita.

El Doctor Melián Lafinur conoció a Juan Carlos Gómez en Buenos Aires, cuando el publicista frisaba en los sesenta años:

«Respiraba toda su persona—nos dice—insuperable distinción, por la afabilidad de su trato, la elegancia de sus maneras y la melancólica expresión de sus ojos claros, que parecía un rasgo naturalmente intencionado de su fisonomía.»

Su más íntimo amigo el Dr. Benigno Jardím, ha escrito... «permaneció en Buenos Aires hasta su fallecimiento velado siempre su rostro por la sombra de la tristeza.»

Manuel Herrero y Espinosa un mozo inteligente y romántico—visitó al ilustre expatriado en su estudio de Buenos Aires—por esos mismos años—y le vió «con acentuados rasgos de belleza varonil, fuerte, robusta, no de esa belleza afeminada que luce en los salones sino de la característica del hombre popular, del orador republicano, del adalid político.»

Pensó «que la mayoría de los grandes Convencionales deberían parecerse al Dr. Gómez y vió, también, en su fisonomía «la expresión de una tristeza infinita, honda y profunda» — «En aquella frente —dice—deben ser eternas las nieblas...; los ojos se fijan de cuando en cuando en objetos que no estan presentes, mientras su pensamiento recorre mundos y horizontes perdidos para siempre.»

Y el jóven abogado—lo confiesa con una sinceridad encantadora—salió de aquella visita «con el alma enferma, acongojado profundamente»... «con ganas de echarse a llorar como una criatura»...

Todos los que conocieron a Juan Carlos Gómez, notaron en él ese matiz de melancolía predominante. Juan Silvano Godoi, eminente polígrafo paraguayo—toda una personalidad americana en nuestros días—escribía en Setiembre de mil ochocientos ochenta:

«Cuando al bajar la tarde doblais alguna vez la calle Perú a la de Moreno, encontrareis a un hombre entrado en años, vestido de negro, de elevada estatura, constitución robusta, que sobre sus fuertes hombros ostenta una cabeza estatuaria perfectamente concluída, poblada de abundante cabellera, barba entera, color un tanto castaño, cargadas de canas, frente tersa, elevada, ancha.

«Anda lentamente; camina paso a paso; distraído de lo que ocurre a su rededor, parecería que hubiera prescindido del mundo exterior.

«Pero lo que más atrae la atención en él es el profundo desaliento que refleja su varonil fisonomía.

«Sus ojos pardos claros, en otro tiempo llenos ed expresión y de energía, están velados por amarga tristeza, y vagan sobre los objetos sin preocuparse...»



JUAN CARLOS GOMEZ.

Retrato a lápiz hecho en Santiago de Chile en 1847.

Inédito. Autor anónimo.

(Facilitado por la Señora Gomez de Livingston)

La expresión doliente del viejo político llamaba así la atención del emigrado paraguayo.

Pero no es exacto, sin embargo, Godoi, cuando habla de otros tiempos: la tristeza de Gómez era su característica de mucho atrás: cuando llegó a Chile, en 1846—cuarenta años antes de que lo viera el historiador asunceño, la misma característica era la suya.

. . . .

La barbarie rosista había dispersado una generación rioplatense: acaso la más brillante generación.

Chile o Montevideo eran los obligados refugios.

Aquí la lucha diaria y pesada: con el fusil o con la pluma.

En Chile la campaña contra el tirano de los bellos ojos estaba circunscrita a la propaganda.

Vivían, entonces, los chilenos la tranquila década de las presidencias de Bulnes,—y de los salones hospitalarios abiertos a los emigrados, el más confortante salón era el salón de Doña Emilia Herrera de Toro, en Santiago. Allí al amparo de las grandes estufas coloniales, más amorosas que nunca, porque aquel invierno fué excepcionalmente frío en Chile, reuníase lo mejor de los proscriptos platinos.

Doña Emilia, la dueña de casa, lucía, a la sazón, todo el esplendor de su belleza: era la época en que la representa el retrato admirable de Raimundo Monvoisin: la época de la cabellera eparada en bandos iguales y de los rizos temblantes sobre las orejas, la época del escote luminoso y de los labios en flor...

La misma noche en que Juan Carlos Gómez fué presentado a la tertulia, dijo una chilena:

«El aire triste de este señor lo notamos todos.» Sin embargo, Gómez, que no contaba sino 26 años, era un apuesto mozo,—y la moda de entonces, frac azul entallado, cuello alto y corbata de muchas vueltas debian favorecerlo.

Porque Juan Carlos Gómez no era buen mozo, en el sentido que nosotros damos a estas palabras, y lejos estuvo de ser lo que nos cuenta la leyenda romántica ni como lo representa el bronce estilizado de Pillet.

Si alto, no era esbelto, y la nariz—un poco volteriana—le afeaba el perfil. No es corriente, ni mucho menos—este modo de ver su rostro.

Casi todos los retratos de Juan Carlos Gómez, en efecto, lo representan—jóven o anciano—de frente o' de tres cuartos.

Abrigaba suficientemente el sentido de la propia estética—aquel afortunado conquistador de corazones—para rehusar ciertas poses al objetivo.

No obstante, tengo yo en mi colección iconográfica una pieza—preciosa por su mucha escasez—en la cual nuestro héroe está entregado...

Es un bello retrato de los mejores años viriles, cuando figuraba preeminente en nuestro atormentado escenario político.

Como se puede confirmar, en esta fotografía, lo mismo que en todas, campea la tristeza que notaron sus contemporáneos.

La misma tristeza—por lo demás—que se advierte en muchas de sus cartas familiares.

«Yo te deseo, jóven amigo, la paz y la esperanza,» escribía, desde Río Janeiro,—desasosegado—a Ale-



JUAN CARLOS GOMEZ.

Retrato inédito. Fotografía Artigue

(Colección del autor)

jandro Magariños Cervantes, «que sabía comprender el desaliento de su soledad».

«Cúmpleme estar al lado de los que sufren y de los que mueren,» dijo, cuando ofreció sus servicios a la Comisión de Beneficencia en la epidemia de fiebre amarilla el 57.

Y vino a su capital—serenamente—a desafiar la peste cuando todos huían...

El íntimo amigo, Benigno Jardim a quien ya cité antes, hizo la declaración siguiente:

«Me había manifestado varias veces, que, cuando muriera sus restos fueran quemados y esparcidas sus cenizas al viento.»

Quería para sus despojos el mismo hermoso funeral pagano que Garibaldi encargaba, para los suyos, al Doctor Prandina:

«Su quel canto si formerá una catasta di legna di due metri con legno d'acacia, lentisco, mirto ed altre legna aromatiche. .»

Y el envidiable rito pagano tampoco se cumplió en su cuerpo, como no se cumplió en el blanco cuerpo del Libertador de Italia

. . . .

Yo creo que de mucho tiempo atrás—desde la mitad de la década cuarenta—se podía decir de Gómez, lo que dijo Zorrilla de San Martín que le ocurría en los últimos años:

. . . . . .«que su corazón,—que era tan grande—estaba muerto ya por algunas partes.»

El grave padecimiento sentimental, que aquejaba a este hombre superior, tenía las raíces en sus primeros amores, en sus infelices amores con Elisa Maturana. Fueron unos amores primaveriles y casi diré de muchachos—porque entonces no se vivía tan presto como ahora—iniciados mas o menos en mil ochocientos cuarenta.

Elisa tenía 17 años. (1)

Juan Carlos no tenía 20.

Ella era una criatura frágil que parecía tener el alma en los ojos, y si en punto a intelectualidad no la avaloraban mayores prendas predominantes, al decir de sus coetáneos, era—según el testimonio de todos, una mujer dulcísima.

Y, como tengo para mi que esta cualidad es toda una síntesis de buenas cualidades, creo que tenía las suficientes para hacer encantadora a una mujer.

Gómez la adoraba, literalmente, exaltándola en sus sueños de enamorado con todas las idealidades del romanticismo imperante.

«Una pasión profunda que él idealizaba con las armonías de su lira, unía su alma de poeta a la de una hermosa y gentil joven, elegida para ser su compañera.» Son estas unas palabras del Dr. Jardim, dando razón a mis asertos.

Y es respirando esas idealidades que dice—por ejemplo—en unos versos refiriéndose a los cabellos de Elisa.

«Flor nacida en la tierra los manchara
Solo la flor del aire enredé en ellos».

---

(1) Había nacido en Montevideo el 18 de Febrero de 1823 y la madre era brasilera, como los progenitores de Gómez.

Pero el padre de la joven, don Felipe Maturana, más fuerte todavía en su autoridad pues Elisa era huérfana de madre — se oponía tenazmente a aquellos amores,



ELISA MATURANA
Miniatura que perteneció a Juan Carlos Gomez
(Facilitada por el Dr. A. Vazquez Acevedo)

Habitaban los Maturana en la calle que hoy se llama Cerrito, y aquellos años, todavía, calle de San Luís en una casa demolida ahora, entre Cerro y Cámaras, a mitad de la acera sur.

En la esquina vivia una señora amiga de ellos, Doña María Pereyra de González, que amparaba bondadosa a los enamorados muchachos.

La tormenta política preparada por mil complicaciones anteriores estalló terrible al comenzar la tercer presidencia constitucional.

Gómez, en alas de aquel viento y en disidencia con los hombres del Gobierno, se creyó obligado a emigrar y marchó para Río Grande, en 1843.

Elisa, a escondidas de su padre y en casa de Juan Francisco Giró, « *posó* » ante un pintor aficionado que le hizo una miniatura.

« Un presentimiento me dice que no le volveré a ver más » dijo ella al separarse, según lo deja entrever Gómez en una alusión apenas velada.

Y el emigrado partió, con su promesa, su miniatura y un rulo de los cabellos de Elisa en un medallón de oro cincelado. . .

Las cartas,—que hacían estación en casa de la Sra. de Pereyra—fueron frecuentísimas, pero el ejército oribista vino muy luego a sitiar la capital y Maturana pasó al campo sitiador, porque seguía el partido de Oribe.

La quinta de su propiedad da todavía el nombre a una calle en el Paso del Molino.

Entre la quinta y la casa de Pereyra estaba, ahora, interpuesta la doble línea de sitiados y sitiadores, y las cartas no la podían franquear.

Ninguna comunicación directa—por lo demás—escapaba a las inquisiciones de Don Felipe. . .

¡ Pobre amor !

. . . .

Pero aquella tirana voluntad paterna debía llegar a mas imponiendo a la hija un desigual matrimonio de conveniencia. .

Sería el marido conveniente—y por lo tanto detestado,—el Doctor Carlos Villademoros, Ministro de Gobierno del General Oribe.

Villademoros pasaba de los 40 años.

Además, era un hombre que había vivido mucho por tempranas imposiciones de su vida activa.

Viudo, tenía hijas tan mozas casi como la futura madrasta.

Pero Villademoros era también, como se sabe, una personalidad formada, un personage omnipotente del Gobierno del Cerrito. (1)

Sobre ser algo entrado en años, aunque con arrestos de fuerte, veíase afeado por una mortificante afección de la vista que la hacía aparecer como sangrante.

Su faz moral no lo recomendaba mucho.

Antonio Díaz en su «Historia Política y Militar de las Repúblicas del Plata» inserta, a este respecto una carta de Manuel Errasquín que, por ser conocida y pública no tengo para que misteriar:

«Dicen algunos—escribe el mencionado Errasquín—que Don Manuel Oribe va muy templado... Yo no lo creo, por motivos que tengo para no creerlo, aunque lleva a su lado un hombre que ha manifestado un mal carácter, unos principios malísimos, una inmoralidad que nos ha asombrado y que es causa de muchos desaciertos que menoscaban la reputación de Don Manuel Oribe: este es Don Carlos Villademoros.» (2)

---

(1) Véase la nota documental A.
(2) Véase la nota documental B.

Se consagró el casamiento del Ministro y la señorita Elisa en la Capilla de la Mauricia del Cardal, a la entrada de la Unión, el 20 de Junio de 1844 y fueron padrinos, el General Manuel Oribe,—intitulado presidente de la República y su esposa Doña Agustina Contucci.

. . . .

Nacieron dos hijos de la despareja unión y los dos murieron casi enseguida de nacidos.

Elisa vivió siempre muy delicada de salud. En una carta del mismo año que se casó dice, «que vivía siempre acostada».

El 46 estaba tan mala que no pudo ser madrina en un bautizo.

Poco después fallecía, a los dos años de casada.

El peso de este cruel episodio lo llevó sobre su vida Juan Carlos Gómez.

Vivió en él el recuerdo de su primera y única novia y siempre lo conmovió hondamente.

«Ella fué mi universo»—ha dicho en una de sus composiciones poéticas.

A su hija única, nacida en Chile, la llamó Elisa, como la que debió ser la madre augusta de sus hijos.

. . . .

En su prolongado voluntario exilio de cinco lustros, aferrado—como lo dijo él mismo—a sus sesenta años de firmeza y de honradez, la figura evocada de la novia muerta debía complicarse con evocacio-

nes de sitios y paisajes de juventud—cosas lejanas, maravillosas hijas del Tiempo y de la Ausencia—que yo—referidas a mis calientes queridas tierras salteñas, he visto tanto con los ojos del alma.



Juan Carlos Gomez.
Retrato inédito. Fotografía Mangel du Mesnil.
(Colección del autor)



«Cuántas veces,» escribía en una carta a José Pedro Ramírez — la nostalgia me ha tenido con el pié en el estribo para una corta excursión por la patria, que me aflije morir sin volver a verla, y he tenido que hacer un esfuerzo sobre mi mismo para no dejarme vencer por esa debilidad del corazón!

Si está escrito que he de terminar mis días sin volverla a ver, sépase al menos que no es por falta de amor a los seres y a las cosas que fueron el embeleso de mi juventud y son el más dulce recuerdo de mi solitaria vejez.»

Entristecido por los extravíos de nuestras políticas de la hora, sin familia ninguna aquí, desvinculado como un aerolito ¿cuáles podían ser esos seres y esas cosas de embeleso y de recuerdo?

Fácil es saber quién sintetizaba todos los seres. Las cosas eran las cosas y los sitios que le hablaban de juventud y de amor.

La casa vieja de la calle San Luís cuyas rejas salientes había rondado.

El camino del Paso del Miguelete, orillado de pitas, a que daba nombre el Molino de los padres de la Compañía; las escasas quintas remotas de entonces, que lo habían visto, ginete, en sus repetidos paseos matinales; el amplio portón de hierro de la quinta de Elisa—conservado hasta no hace mucho— donde tantas veces, ante los ojos del mozo enamorado,

«La palidez dorada del ocaso
recogía su languida silueta».

. . . .

Un día, cuando ya tenía 63 años y como se sintiera próximo a morir pensó en dejar a salvo de cualquier impiedad aquella miniatura de Elisa que llevó al emigrar y que lo hab'a acompañado desde entonces.

No halló depositaria más digna que Doña Joaquina Vázquez, viuda del jurisconsulto Dr. Eduardo

Acevedo, antigua amiga y parienta de Elisa, que había pasado con ella muchas malas horas de la Guerra Grande.



JUAN CARLOS GOMEZ EN 1880.
Fotografía [illegible]
(Colección del autor)

Consultó, previamente, a la respetable matrona sobre si aceptaría aquel depósito de cariño, y con la natural respuesta afirmativa, le envió la miniatura y una carta que decía así:

Señora Doña Joaquina Vázquez de Acevedo

Montevideo.

Al tomarme la libertad de pedir a su hijo llevase a V. en mi nombre el retrato de Elisa, sabía de antemano que tenía para su corazón alto precio y que V. comprendería el sentimiento que me dictaba no esperar a que el término de una avanzada edad impidiese devolverla al cariño de su familia.

Las palabras de su tarjeta, que he recibido, me aseguran de que no me equivocaba; y respetando la religión de los recuerdos no me he permitido ni bruñir el aro, ni cambiar el vidrio roto que tocaron sus manos.

Acepte V. señora, la consideración con que el fraternal amigo de otros tiempos, se suscribe su muy atento servidor.

JUAN CARLOS GÓMEZ.

Buenos Aires, Agosto 14 de 1883.

Desprendido de aquella reliquia material de su cariño, podía morir tranquilo.

Ninguna reliquia, por lo demás, era necesaria a ese cariño, pues, como le había escrito una vez a doña Emilia Herrera, recordando muy lejanas ausencias, « poseía la memoria del corazón ».
